

de Jesús, ellos mismos proclaman que no les es permitido hacer morir á nadie.

Nobis non licet interficere quemquam. [S. Juan. XVIII. 31.]

Aquí puedo afortunadamente apoyarme en la muy respetable autoridad del célebre Loiseau, (*Tratado de dominios*, en el capítulo de los *Justicias de las ciudades*). „Y cierto, dice, parece que la policía, en la que el pueblo solamente es interesado, deba administrarse por empleados populares; pero no sé en qué se han fundado las concesiones atribuidas á algunas ciudades de Francia de poseer la justicia criminal, y por qué la ordenanza de Moulins se la concede mas bien que la civil; pues que la justicia criminal es el *derecho de espada*, es el *merum imperium*.... También en el derecho romano estaba la justicia tan separada de los empleados de las ciudades, que no tenían ni aun la facultad de imponer una simple multa. No cabe duda que así se debe entender aquel paso del Evangelio en que los judíos dicen á Pilato: *Non licet nobis interficere quemquam*, porque no poseían la justicia criminal desde que cayeron bajo el dominio romano.”

Sigamos á Jesús ante Pilato.

9.

Acusación ante Pilato.

Aquí sobre todo llamo la atención del lector. Las irregularidades, las violencias que hasta aquí he notado, nada son comparándolas con el desencadenamiento de pasiones que va á presentarse ante el juez romano para arrancarle, contra su propia convicción, una sentencia de muerte.

„Luego que amaneció, habiéndose juntado para deliberar los sumos sacerdotes, con los ancianos y los escribas, y todo el consejo, afaron á Jesús, y le condujeron y entregaron á Pilato.” Marc. XV.—1.

Luego que amaneció; porque, como ya lo noté antes, todo lo hecho hasta aquí contra Jesús, fué de noche.

„Llevaron después á Jesús desde casa de Caifas al pretorio de Pilato.” (13)

„Era la mañana, y ellos no entraron al palacio por no contaminarse, y poder comer la Pascua.”—Juan—XVIII.—28.

„Peregrino escrupuloso! y muy digno de los fariseos. ¡Temen contaminarse, el día de Pascua

(13). Dijo el autor de este libro que es ya frase proverbial llevar de Caifas á Pilato. En México se dice llevar de Herodes á Pilato—N. del T.

entrando á la casa de un pagano! y el mismo día, pocas horas antes de presentarse en casa de Pilato, habían con menosprecio de su ley, cometido la enorme infracción de retirarse en consejo, y deliberar sobre una acusación capital!

No queriendo ellos entrar, „Pilato salió á verlos á fuera.”—Juan XVIII—29.—Parad bien la atención en esto; no les dice: „Donde está la sentencia que habeis pronunciado?” como debería hacerlo, si no tuviera que dar mas que un simple *exequatur*; sino que toma las cosas desde su origen, como debe hacerlo quien tiene plena jurisdicción; y les dice: „¿De qué crimen acusáis á este hombre?” (id.)

Y responden con su acostumbrada soberbia: „Si este no fuera malhechor, no le hubiéramos puesto en tus manos.” (Juan—XVIII—30.) Querían pues dar á entender con esto que si se trataba de blasfemias siendo causa de religión, ninguno era mejor apreciador que ellos. Así Pilato se hubiera reducido á creerlos bajo su palabra; pero el romano, inemérito de pretensiones que restringían su competencia haciendo el pasivo instrumento de la voluntad de los judíos, les respondió irónicamente: „Buena: pues que decís que ha pecado contra vuestra ley, tomadle vosotros y según vuestra ley juzgadle.”—*Accipite eum vos, et secundum legem vestram iudicate eum.*” (Juan XVIII—31.)

Verdadero chasco llevaron con tal respuesta, pues reconocían su impotencia para condenar por sí mismos á muerte. Se sometieron por precisión, y presentaron á Pilato las causas de la acusación.

¿Y cuales serán estas causas? „Sin duda las mismas que han sido hasta aquí alegadas contra Jesús: la acusación de blasfemia, la única que presentó Caifas ante el consejo de los judíos? Nada de eso: desesparanzados de conseguir del juez romano una sentencia de muerte por una cuestión religiosa que no era de interés para los romanos, (14) cambian prontamente de sistema, desisten de su primera acusación, la de blasfemia, y substituyen una política, un crimen de estado.

Aquí está el modo de la pasión, y aquí está lo que mas animadamente acusa á los delatores de Jesús. Pues que posesionados de la idea de perderlo á todo trance, ya no se presentan

(14) Así Lysias escribía al gobernador Felix con motivo á Pablo: „Pero encontrado he, que no era acusado de otra cosa que de ciertas acciones tocantes á su ley, sin que crimen alguno tenga digno de muerte ó prisión. Hech. de los apóstoles. XXIII. 29.

ahora como vengadores de su religión ultrajada supuestamente y de su culto amenazado según ellos, sino que cesando de ser judíos, para fingir afectos extranjeros, estos hipócritas ya solo se manifiestan ocupados de los intereses de Roma; acusan á su compatriota de querer restaurar el reino de Jerusalem, hacerse rey de los judíos, y sublevar al pueblo contra los conquistadores.

Que hablen ellos mismos:

„Y comenzaron á acusarle, diciendo: Hemos hallado á este hombre pervertiendo á nuestra nación, y vedando pagar los tributos á César, y diciendo que él es el Cristo-rey” (Luc. XXIII. 2.)

¡Notable calumnia! ¡Jesús vedaba pagar los tributos á César! y había respondido á los mismos fariseos en presencia de todo el pueblo, y mostrando en una moneda romana la efigie de César: *Dad á César lo que es del César.* Pero tal acusación servía para interesar la competencia de Pilato, quien, como *Procurator Caesaris*, estaba encargado de la recaudación de los impuestos. La segunda parte de la acusación tocaba mas directamente aun á la soberanía romana: „Se dice Rey.”

Tomando de esta manera la acusación un carácter enteramente político, creyó Pilato, fijar en ella su atención. „Entrando de nuevo en el pretorio (lugar donde se administraba justicia) y haciendo comparecer á Jesús (procede á su interrogatorio) le preguntó: „Eres tú el rey de los judíos?” (Juan. XVIII—33.)

Con extrañeza oye Jesús una pregunta tan diversa de las que le dirigieron en casa del gran sacerdote, y á su vez pregunta á Pilato: „¿Dices tú eso de tí mismo, ó te lo han dicho de mí otros?” (id. V. 34.)

De facto, ante todas cosas quería Jesús conocer á los autores de esta nueva acusación: „Los romanos ó los judíos son los que me acusan de esta manera?”

„Replicó Pilato: „Ignoras acaso que no soy judío? Los de tu nación y los pontífices te han entregado á mí: ¿qué has hecho tú?” (id. V. 35.)

Preciosos son todos los pasos de este juicio. No me canso de decirlo: absolutamente se le trajo ante Pilato de una condenación anterior, de un juicio formado ya, de una sentencia que solamente se tratase de ejecutar; es una acusación que principia, estamos en el interrogatorio del acusado; dicele Pilato: ¿que has hecho tú?

Conociendo Jesús por la explicación que ha oído de donde nace la *preconcepción*, y descubrien-

do el secreto pensamiento que sobresalía en el fondo de la acusación, y como sus enemigos por una vuelta querían llegar al punto mismo, respondió á Pilato: „Mi reino no es de este mundo: si de este mundo fuera mi reino, claro está que mis gentes me habrían defendido para que no cayese en manos de los judíos;” (y en efecto, hemos visto que Jesús vedó á sus gentes el resistir); „pero dice aun otra vez: *Mi reino no es de acá.*” (Juan, XVIII—36.)

Notable es esta respuesta de Jesús: ha llegado á ser el fundamento de su religión y la preda de su universalidad, porque se desprende de todos los gobiernos. Y no ha sido dada únicamente como aserción, como doctrina, sino tambien como justificación, como defensa contra la acusación de querer ser *rey de los judíos*. Indubitablemente, si Jesús hubiera afectado una *magestad temporal*, si hubiera tentado usurpar en lo mas leve el *poder del César*, hubiera sido culpable de lesa magestad á los ojos del magistrado. Pero respondiendo dos veces *mi reino no es de este mundo*, mi reino no es de acá.... completa es la justificación.

Todavía insiste Pilato diciéndole: „¿Con que tú eres rey? Respondió Jesús: Tu dices que yo lo soy: *tu dicis quia rex ego sum*. Lo que es yo, nací y vine al mundo para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que pertenece á la verdad escucha mi voz.” (XVIII.—37.)

„Dicele Pilato: „¿Que es la verdad?”

Manifiesta la pregunta que Pilato no tenía una idea muy exacta de lo que Jesús llamaba la *verdad*. No veía en ello mas que lo focante á la *ideología*; y satisfecho de haber dicho, no como pregunta (pues que no espero respuesta) sino mas bien como una especie de esclamación; *¿Que es la verdad!* „Salí á los judíos (que habían quedado fuera), y les dije: Yo ningún delito hallé en este hombre.” (Juan.—XVIII.—38.)

He aquí á Jesús absuelto de la acusación por boca del mismo juez romano.

„Pero los acusadores, insistiendo mas y mas *añadieron*: sublevar al pueblo con la doctrina que enseña en toda la Judea, desde Galilea, donde comenzó, hasta aquí.” [Luc. XXIII—5.] „Sublevar al pueblo! es una acusación de sedición para mover á Pilato. Pero hagamos alto en estas palabras: con la doctrina que enseña, pues que ocultan el gran contrafuerro de los sacerdotes judíos; y vale tanto para ellos como decir: *Enseña al pueblo*, le instruye, le alumbrar; predica nuevas doctrinas que no son las nuestras. „Sublevar al pueblo! que vale tanto

para ellos como: el pueblo le escucha gustoso! el pueblo le sigue y le cobra afición, pues que predica una doctrina consoladora y amiga del pueblo; y arranca la máscara á nuestra avaricia, á nuestro insaciable espíritu de dominio... Todavía Pilato parece no dar grande importancia á esta nueva faz de la acusación; pero descúbrense aquí su debilidad, puesto que oyendo la palabra *Galilea*, entreve la coyuntura de despatcharle la responsabilidad á otro funcionario, y vorazmente se apodera de ella. „¿Conque eres Galileo? dijo á Jesus.” Y oyendo que sí, y considerándole al mismo tiempo como sujeto á la jurisdicción de Herodes-Antipas, que, con el permiso de César, era tetrarca de Galilea, se le envió. [Luc. XXIII.—6 y 7.]

Mas Herodes, que tiempo ha deseaba, dice S. Lucas, *ver á Jesus*, y que hubiera querido verle hacer *algunos milagros*, despues de satisfacer su frívola curiosidad, y despues de dirigidas muchas preguntas á Jesus que no se dignó responderle; Herodes, no curándose de la presencia de los sacerdotes, que no desamparaban su víctima (pues que estaban allí, *stabant* con sus escribas) y no curándose de la terquedad con que ellos seguían inculcando á Jesus; digo pues que Herodes, no viendo mas que delirios en la tal *acusación de lesa-majestad*, hizo del asunto una farsa para divertirse, y devolvió el acusado á Pilato, despues de haberle mandado *vestir con una túnica blanca*, dando á entender con esto que la supuesta majestad le parecia mas digna de excitar el buen humor que el miedo. (Luc. XXIII.—8 y sig.)

10.

*Últimos esfuerzos ante Pilato.
—Conclusion.*

De manera que nadie queria condenar á Jesus: ni Herodes que no vió otra cosa en él que un objeto de burlas; ni Pilato que altamente declaró no encontrar en él crimen alguno.

No estaba desarmado, el rencor sacerdotal; todo lo contrario, pues los pontífices, con numerosa comparsa de secuaces suyos, volvieron á Pilato, resueltos á forzar su mano.

El malhadado Pilato, bosquejando su anterior conducta, les dice todavía: „Habeisme vosotros presentado á este hombre como alborotador del pueblo, y hé aquí que habiéndole yo interrogado en presencia vuestra, *ningun delito de los que decís he hallado en él*; pero ni tampoco Herodes, puesto que os remití á él, y así como yo, *no le ha juzgado digno de muerte*,

Por tanto despues de castigado le dejaré libre.” (Luc. XXIII.—14, 15, 16.)

„Despues de castigado! Pues le consideraba inocente, ¿no era esto ya una crueldad? (15.) Pero era una condescendencia con la que pensaba calmar el furor de que estaban poseídos. „Tomó Pilato á Jesus y mandó *azotarle*.” (Juan XIX.—1.)

Y figurándose que con aquello bastaba para desarmar su cólera, mostróselos en tan lamentable estado, y les dijo: Mirad al hombre: *Ecce homo*. (Juan XIX.—5.)

Y ahora digo yo: he aquí la sentencia de Pilato; sentencia injusta! pero en fin no es la supuesta sentencia de los judíos; es una decisión del todo diferente; injusta pero útil sin embargo para poner fin á los procedimientos y no dar lugar á otros nuevos sobre el mismo hecho. *Non bis in idem*: de los romanos nos ha venido este adagio.

Así pues „Pilato no buscaba otra cosa, que un medio de *libertar á Jesus*.” (Juan XIX.—12.)

Admírese aquí la gran perfidia de sus acusadores! „Si sueltas á ese, Pilato, le gritaban, no eres amigo de César, *Si hunc dimittis non es amicus Caesaris*. Puesto que cualquiera que se hace *rey* se declara contra César!... (id.)

No aparece que Pilato fuera un mal hombre. Vemos los conatos que habia empleado tantas veces para libertar á Jesus. Pero era *funcionario público*; peligraba su empleo: intimidáronlo voces que ponían en duda su *fidelidad al emperador*! Temia una *deposición* ¡cedió, *Cupiebat liberare Jesus; sed, cum mollis erat coram cedebat affectionibus*.

Sube otra vez á su tribunal. *Pro tribunali sedens*. (XXVII.—19.) Y cual si nuevas luces le hubieran alumbrado, va á pronunciar segunda sentencia!

Y con todo, un instante aun detenido por el grito de su conciencia, y por el consejo que le mandó su muger espantada: „No te mezcles en las cosas de ese justo. [Mat. XXVII. 19.] hizo el último esfuerzo tratando de decidir al populacho á que aceptara en lugar de Jesus á Barrabas.

„Mas los *pontífices* instigaron al pueblo á

[15] Con este motivo Gerhard propone un dilema irrefutable.—„Pilato, atiende á ti mismo. Si el Cristo es inocente ¿por qué no le absuelves? Si juzgas que mereció ser azotado, ¿por qué le proclamas inocente?” —*Audi te ipsum, Pilate: si innocens est Christus, cur non absolvas? Si flagris caedendum judicis, cur innocentem illum pronuntias?*— Gerhard. *harm.* c. 193. pag. 1889.



A quien de los dos queréis que os suelte? — A Barrabas.

(S. Mateo, cap. 27 v. 21.)

que pidiese mas bien la libertad de Barrabas. (Marc. XV.—11.) ¡Barrabas! ¡un homicida! ¡un asesino!

Todavía los dice Pilato: „Pues que queréis que haga de Jesús?” (Marc. XV.—12.) „Ellos empero gritaban: Crucifícale; tolle, tolle, crucifige.—Pilato insiste: *Ad vuestro rey tengo de crucifigear?*” usando así de un lenguaje festivo para desarmarlos; pero mostrándose mas romanos aquí que Pilato, respondióle hipócritamente los pontífices: *No tenemos mas rey que César.* [S. Juan. XIX.—15.]

Y renovábanse los clamoros: *Crucifige! crucifige!* y haciase de instante en instante mas amenazadora la gritería: *et incalescebant voces eorum.* (Luc. XXIII.—23.)

Por último Pilato queriendo satisfacer á la multitud, *volens populo satisfacere*...Pilato va á hablar...Podrá llamarse juicio el que va á pronunciar? ¿goza en tal momento de la libertad de ánimo necesaria á un juez que se prepara á dar una *sentencia de muerte*?...¿que nuevos testigos, que documentos se han presentado á cambiar su conviccion, aquella opinion tan enérgicamente declarada por la inocencia de Jesús?...

„Viendo Pilato que nada adelantaba en el ánimo de aquella multitud, antes bien que cada vez crecía el tumulto, mandando traer agua se lavó las manos á vista del pueblo, diciendo: *Inocente soy de la sangre de este justo*: allá os lo veais vosotros.” [Mat. XXVII.—24.] Y otorgó lo que pedían. [Luc. XXIII.—24.] Y lo entregó en sus manos para que fuese crucificado. [Mat. XVII.—26.]

...Lava tus manas, Pilato, tenidas están en inocente sangre! Concedístela por debilidad; no menos culpable eres que si sacrificádola hubieses por maldad! Repetido han las generaciones hasta nosotros. El justo padeció bajo Poncio Pilato: *Passus est sub Pontio Pilato!*

Ha quedado tu nombre en la historia para servir de padron á todos los hombres públicos á todos los jueces pusilanimes, donde vean el borron de eterna vergüenza que cubre á todo el que *cede contra su propia conviccion*. El populacho gritaba enfurecido al pié de la tribuna [16]; quizá tú mismo seguro no esta-

(16) Citáremos aquí las palabras de una de las mas preciosas leyes romanas: „Deberáse no dar oídos á los vanos gritos del pueblo, cuando absuelven de su crimen á un reo, ó cuando piden que sea condenado un inocente.” *Vano vocis populi non sunt audienda, quando aut noxium crimine absolvi, aut innocentem condemnare desiderant.* Ley 12 al cod. de penis.

bas en tu asiento! ¿que importa? hablaba tu deber; y en semejante situacion, antes que dar la muerte, mucho mejor es recibirla.

Acabemos:

La prueba de que Jesús no fué muerto, como sostiene Salvador, por crimen de blasfemia ó sacrilegio, y por haber predicado un nuevo culto en contravencion de la ley mosaica, resulta del extracto mismo de la sentencia pronunciada por Pilato, en virtud de la cual fué conducido al suplicio por los soldados romanos.

Existía entre los romanos una costumbre, que hemos tomado de su jurisprudencia, y que está en uso todavia; y es la de poner sobre la cabeza de los sentenciados un letrero con el extracto de su sentencia, para que el público sepa el crimen por que fué condenado.

Por eso „Pilato mandó poner arriba de la cruz un letrero, en que estaban escritas estas palabras: Jesús nazareno rey de los judíos.— *Jesus Nazarenus Rex Judeorum.* (San Juan.—XIX.—19) que despues ha sido pintado unicamente con las iniciales I. N. R. I.

Y la causa de su sentencia, dice San Marc. XV.—26, estaba escrita con esta inscripcion: *El rey de los judíos.*

Este rótulo estaba primeramente en latín como el idioma legal del juez romano; y ademas repetido en *hebréo y griego*, para hacerlo inteligible á nacionales y extranjeros.

Los pontífices, cuyo diligente rencor no descuidaba las particularidades mas minuciosas, temiendo que se tomase á la letra como una afirmacion aquello de *Jesús rey de los judíos*, dijeron á Pilato: „no pongas *rey de los judíos*, sino que se decía *rey de los judíos*. Respondióles Pilato: *quod scripsi, scripsi*, lo escrito, escrito.” (San Juan. XIX.—21, 22.)

Esto es una victoriosa contestacion al aserto último de Salvador, pag. 88, en que dice que „el romano Pilato firmó la sentencia;” pues siempre quiere que Pilato no haya hecho otra cosa que firmar la sentencia que pretende haber dado el Sanhedrin: pero se engaña. No se limitó Pilato á *firmar*, sino que *escribió*, re-

Debiera Pilato haber leído en Horacio (Odas. Lib. III.—3):

Justum se tenecem propositi virum non civium ardor prava juvenitium, mente quatit solidá.

Versos que procuraremos imitar en castellano: Nunca el justo varon débil se aflige, ni su firme propósito renuevo al impeto tenaz de necia plebe que la injusticia exige.

dactó la sentencia; tildado en su redacción, la sostiene: lo escrito, escrito.

He aquí la causa verdadera de la condenación de Jesús; Aquí tenemos la prueba *judicial y legal*. Jesús fué víctima de una acusación política pericó por el imaginario crimen de haber querido atentar contra el poder de César, diciéndose *rey de los judíos*. Acusación absurda, á la que nunca dió crédito Pilato; ni se lo dieron los mismos pontífices y fariseos; pues que no se autorizaron con ella para la prisión de Jesús, ni de ella habian tratado tampoco en casa del gran sacerdote, sino que fué una acusación nueva y diferente del todo á la que do antemano tenían meditada, una acusación improvisada en casa de Pilato, cuando vieron que poco se curaba de su *celo religioso*, y creyeron necesario excitar su celo por el César.

Si hunc dimittis, non es amicus Caesaris terribles palabras que desde entonces resuenan corrientemente en los oídos de tímidos jueces, criminales como Pilato, que entregan debilmente al verdugo unas víctimas que no condenarian nunca si escucharan los gritos de su conciencia!

Volvamos á la cuestion tal como la aceptó desde su origen. ¿No es evidente, mal que pese á la conclusion de Salvador, que Jesús, considerado aun como *simple ciudadano*, no fué juzgado, ni conforme á las leyes, ni conforme á las formas establecidas?

Dios en sus designios eternos pudo permitir que el justo sucumbiera bajo la malicia humana; pero quizo al menos también que sucedie-

ra esto ofendiendo todas las leyes, y rompiendo todas las reglas establecidas, á fin de que el absoluto menosprecio de las formas, permaneciera como primer indicio de la violación del derecho.

No seamos pues sorprendidos si en otro lugar de su obra Salvador (hombre que sin pasión discute, y gusto yo de confesarlo) soltó un grano de sentimiento al decir en el t. 1.º p. 59 *el malhadado juicio de Jesús*.—Quizo escuchar á los hebreos;... mas uno de ellos habló mejor todavía al dejar escapar de lo íntimo de su corazón, estas palabras que rogió de sus labios: „Ya nos guardariamos de condenarle ahora.”

Suprimo la narración de los insultos que se siguieron á la sentencia de Pilato. Aquel hombre de Cirene, Simón, forzado y en cierto modo asociado al suplicio, obligándole á llevar el instrumento; las injurias que acompañaron á la víctima hasta el lugar de la ejecución (a); y hasta en la cruz donde Jesús rogaba por sus hermanos y por sus verdugos. ...

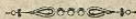
Dírelo á los paganos mismos: Vosotros que tanto ponderasteis, la muerte de Sócrates, como no admirais la de Jesús! Censores del arópago ¿como emprenderiais la escusa de la sinagoga y la justificación del pretorio? No ha vacilado la filosofía misma en pregonarlo; y repetirlo debemos á par que ella: „Si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y muerte de Jesús son de un Dios (e).”

[a] Et presentibus addita iudicium.—Facit, Ann. XV, 44

[e] Juan Jacobo Rousseau.—Emilio, libro 4.º



A LAURA.



En la edad de la inocencia
Te conocí mi ventura
Apacible, tierna y pura
Como el ángel del Señor.

En tí la alta inteligencia,
Su poder mostrarnos quiso,
Y á tu alma dió un paraíso
Lleno de puro candor.

De los tiros del malvado
Te puso en seguro puerto,
Cual crece allá en el desierto
Solitaria hermosa flor.

No con golpe desusado,
Tu corazón inocente,
Latirá triste y doliente
De la conciencia al clamor.

No temas, mi bien, no temas;
Serena brilla en tu asiento
Cual brilla en el firmamento
La luna con su esplendor.

Maldiciones y anatemas
No escucharán tus oídos,
Ni tampoco los gemidos
Que lanza horrible el dolor.

En aqueste eden precioso
La paz su encanto nos brinda,
Y en tus labios es mas linda
La sonrisa del pudor.
¡Oh querida! cuan hermoso
Es vivir entre estas flores
Y escuchar cantos de amores
En vez de cantos de horror.
¿No escuchas el tierno acento
De las aves voladoras
Que tiernas y seductoras
Libres cantan al amor?

No escuchas como en el viento
¿Sus dulces trinos derraman,

Y alegres deidad te aclaman
De este bosque encantador?

De mil esquisitas flores,
A tu divina belleza,
Un trono naturaleza
Ha formado con primor.

Lo custodian los amores,
Con reverencia y desvelo,
Cual los angeles del cielo
Custodian el del Señor.
De jazmines y de rosas
Adornaré tu alba frente
Y el mas balsámico ambiente
Vagará en tu derredor.

En las tardes calurosas,
Los dos al torrente iremos,
Y en su orilla gozaremos
Del viento murmurador.

Y allí escucharás á solas
Los concetos de mi lira;
Porque á mi alma fuego inspira,
Tu cariño seductor.

Y al estruendo de las olas,
Mas al eco de mis canciones,
Gozarás las ilusiones
Del sueño consolador.

Laura mia, tú á mi lado
Vivirás por siempre unida,
Siendo tú mi fiel querida
Y yo tu fiel amador.
Mi encanto es el ser amado
Y merecer tus afectos,
Mas sin violar los preceptos
De la virtud y el honor.

SEBASTIAN SEGURA.

Pachuca, Junio de 1844.



LAS APUESTAS.



—¿AMOS haciendo una apuesta, lector?—¿Cuáles? me diréis luego, (á penetracion nadie me gana)—Que vais á leer este artículo de la cruz á la fecha, merced al título con que mi fecunda imaginacion le bautizó. Y á propósito de fechas, protesto ponerlas de hoy en adelante en cuanto escriba, porque es moda, y muy fundada en la conveniencia y la razon. Dígame sino ¿cómo podrán salir debidamente coordinadas sin este requisito las ediciones póstumas de nuestros escritos inmortales? y no es cierto que se verían nuestros biógrafos en terribles aprietos, para hacer ver á la posteridad los estupendos progresos que hicimos hasta llegar á la cumbre de la gloria, si estuviesen privados de semejantes datos cronológicos? Luego es de absoluta necesidad el no omitir las fechas, y solamente quisiera yo que una vez sancionada, como parece estarlo por el uso, esta formalidad jurídica, se introdujese tambien la de que cuantos escriben para la posteridad, firmaran con dos ó mas testigos de asistencia que jurasen haber visto escribir al autor sin la menor intervencion de vivos ni de difuntos. Pero necio de mí ¿qué estoy haciendo! proponer juramentos literarios cuando tan mal han probado los politicos, que debian ser mas valederos; cuando en ellos y en las renuncias de cautivos no creen ya ni las monjas recoletas. Dejando sin embargo, á los juramentos en su buena opinion y fama, pasemos á hablar de otra mania muy ridicula aunque no sacrilega, que es la de apostar á diestro y siniestro. Tan contagiosa es tal mania, que yo mismo que por convencimiento la censura, incido á cada paso en ella, pues cierto es que el esmero mismo que ponemos en evitar algun defecto, nos hace á veces incurrir en él con mas frecuencia.

Toda la culpa del mio es de uno de mis co-

nocidos, quien en sus ratos de ocio, que son de sol á sol, viene á verme (ó mas bien á verse en el espejo); y á tratar apuestas sobre cuanto hablamos, á pesar de que yo jamas las admito, por haberme demostrado la experiencia, que no acostumbra á pagárlas cuando pierde, bien que reclama su importe cada vez que sale ganancioso.

Meditando yo sobre esta originalidad del suso dicho y discuriendo sobre el modo de quitársela, me ocurrió darle por su juego, como suele decirse, y no bien hubo entrado en mi cuarto cierto dia, diciendo antes de verme: „apuesto á que no se ha levantado vd.” cuando comencé abocándole la batería de apuestas que le tenía preparada, y le dije á mi vez: apuesto á que vd. no ha almorzado aun, y viene á hacerlo conmigo, ítem mas, apuesto á que viene vd., como de costumbre, con ánimo firme de dedicarme el día, ó mas claro, (porque las apuestas han de ser claras), con intencion de hacerme perder á mí.—„No apuesto en contra, porque perderia evidentemente,” fué la contestacion de mi impertérrito conocido, que no entiendo, ni quiere entender las indirectas, „pero si apostaría hasta la camisa, continuó, á que no nos separamos hoy hasta despues de cenar, y cuenta, que á esa hora, quiera vd. ó no, habré de despedirme, porque tengo mucho que hacer, mucho, mucho.” Al momento que oí tamaña mentira, traté de hacerle ver que yo tambien tenia ocupaciones importantes, y que por lo mismo debiamos de despedirnos en acabando de almorzar; pero él me replicó que no sabia trabajar sino con vela, (creo que se ocupa en quemar moscas) y que aunque tendria el gusto de permanecer á mi lado, esto no me estorbaria atender á mis quehaceres, puesto que él procuraria leer ó hacer algo mientras yo trabajaba. Hacia dias que pugnaba yo

por deshacerme de este boa constrictor, mas como queria hacerlo sin ofenderle gravemente, no me habia decidido aun sobre el partido que debia tomar para verificarlo, así es que me resolví á sufrirlo con paciencia durante aquella jornada, y á sacar partido de mi situacion para divertirme, si posible era, sin echar por eso en olvido el proyecto de hacerle perder la aficion á las apuestas.

De la mesa conduje á mi conocido al balcón, porque ya no hallaba yo sobre que apostarle en el interior de la casa, por haberse agotado mi repuesto y á poco de habernos asomado, divisé á cierto viejo pisaverde, que venia tan bien disfrazado de jóven que, visto de lejos y sobre todo por detras habria llevado gato por liebre la mas lince muger; tal era el esmero y simetria con que el gordillo adonis estaba acicalado y tales los bríos que en su andar manifestaba todavia. Luego que le conocí, dije á mi compañero: ve vd. esos primores del arte, ese apuntalado cuello, que *Cupido pone en dura sujecion* hace la miseria de cincuenta años, ve vd. finalmente á ese lagarto en escabeche, (que así debe de estar guisado, juzgadlo por su duracion), pues apuesto lo que vd. guste á que debe hasta la dentadura con que masea. Pero dígame vd. ¿quien es aquel individuo que viene sumando con los dedos?—Será algun poeta—No tiene traza de tal; con todo, yo apostaria á que si lo es, ademas de ser clásico, su género favorito es la *bucólica*; yo al menos no concibo como pueda ser romántico un poeta barrigudo y que por lo visto tiene la prosodia y el oido en las *uñas*; mas ¡que vea! si es Don Toribio Panasecas, á quien conozco hace años; ya caigo... apuesto á que no eran silabas las que contaba, sino que venia haciendo corte de caja y distribucion de sus cigarros, que por mas señas son republicanos. No observa vd. que ha sacado la cajilla que los contenia y que los va repartiendo á razon de uno en cada faltriquera? Es para no verse en la precision de dar á nadie, alegando que el que saca es el último.—Semejante miseria no cabe en el ánimo de un pobre, dijo, y muy bien, mi conocido, apuesto á que ese hombre es rico—Así es la verdad, le contesté; está hidrópico de pesetas y de flemas, por eso tiene semejante esófago.

¡Valame Dios! que por aquella bocacalle descubrí á un verdadero original, Don Tacito Mudarra, sugeto de pocas palabras y ningunos pensamientos, que con solo no hablar, ha conseguido aparecer como sugeto de

gran penetracion y fundamento á los ojos del vulgo. Este, como vd. sabe, cree igualmente sabio al que nada habla y al que charla sin cesar, no considerando que [principalmente en politica, eso si] en el justo medio estriba la discrecion y el *savoir-faire*. Verdad es que si Don Tacito no habla sabe hacer gestos muy significativos. Dícele alguien, por ejemplo: ¡Es cierto señor mio, que tenemos una escuadra enemiga en Veracruz, y que las Californias están ya, como quien dice, agusanadas de tejanos? pues él en vez de responder sí ó nó, hace un visaje misterioso, mira en su arredor, y despues de cerciorarse de que nadie le observa, dice al oido del que le hizo la pregunta: „Pronto sabrá vd. todo lo que hay en el asunto, y acuérdesse vd. de lo que yo le digo; y aunque uno le haga ver que nada ha dicho, él se despide en el acto. Con estas jesuiticas respuestas y sus gesticulaciones estudiadas, ha hecho creer á los necios, que es un pozo de ciencia y que está empapado en los secretos diplomáticos. ¡Vamos apostando á que ahora se dirige hácia el palacio?—Atienda vd. que allí vienen dos jóvenes vestidos de oficiales; apuesto á que ni uno ni otro tienen oficio ni beneficio.—A ambos conozco, dijo mi compañero de balcón, y ha de saber vd. que si no tienen oficio ó no le egeren teniéndole, si gozan de beneficio; que están hoy muy de moda las canongias militares, y son tanto mas envidiables cuanto que están hoy muy de moda las canongias militares, y son tanto mas envidiables cuanto que la única obligacion que imponen es la de concurrir en las procesiones solemnes. El mas bajo de cuerpo [y aun de alma] de los dos prebendados marciales que se acercan, es un marino á secas ó mas bien en seco, porque jamas ha estado en puerto alguno, ni visto los *lonos hirientes del gigante azul*, como á Zorrilla plugo llamar al Océano, ni aun el fibio espinoso del enano verde, como yo llamaria al lago de Texcoco.—Perdone vd. díle á mi amigo; está vd. muy equivocado, porque ese señor marino, ha visto y muy detenidamente el mar y puerto de Veracruz... en el esmorama del portal de Mercaderes.

Ahora recuerdo que le encontré allí noches pasadas.

El otro militar, prosiguió mi conocido con un tono de moderacion encantadora, fué agraciado con el despacho de capitán de caballeria, porque sabe *coliar* divinamente, mucho mejor que leer; y si es cierto que las contiendas civiles no son entre beceros, búfalos, ni otros animales rabilargos, tambien lo es que en la guerra estrangera puede lucir su

habilidad; yo al menos he oído decir á algunas viejas que los *gringos* tienen cola, como hijos que son de Satanás.

—Por la acera opuesta va pasando un señorazo seguido de tres podencos; á cual mas bien comido de los cuatro, mire vd.—En efecto es un solteron que gasta sus crecidas rentas en comer bien y engordar á sus muchos perros, que no son solamente los que ahora le siguen pues los saca á paseo por turno rígoroso. Si vd. supiera que hombre tan sensible es! á la menor quejambre de uno de sus hijos adoptivos que oye por la noche, se levanta, hace levantar á todos los criados, y con una eficacia verdaderamente paternal, hace que arropen y medicinen al paciente y aun le vela hasta que está fuera de peligro. La virtud que mas estima en sus protegidos, es la que llaman lealtad. Para ponderarla, decia el otro día á uno con quien iba: „la lealtad de Almanzor me encanta, compadre, es tan noble eso bruto, que arrancó el otro día las narices á uno de esos villanos, y me las trajo enteritas. Es mucho animal.»

—¡Hola! quien será aquel grande hombre de grave continente que en este momento pasa debajo del balcón?—Ay, amigo, es uno que eclipsa á cuantos le rodean, por sus estupendas dimensiones, no por su gran capacidad, como él ha llegado á creer, viendo que cuantos le hablan ó pasan junto á él levantan la cara para verle. De aquí nace, que él mire á los demas con el mismo desprecio, que un perro de azotea mira á un triste falderillo. El orgullo es un anteojo de larga vista colocado al revés.

—Cuidado, que allí vienen riñendo acaloradamente dos que parecen artesanos; que pa-

labrotas se dicen, como se amenazan, Santo Dios! . . . uno de ellos ha metido mano á la bolsa, apuesto á que saca alguna arma. . . . mas que veo, si ha sacado un par de cigarrillos y ofrece uno al mismo con quien va al parecer tan enojado.—¡Que sangre fria tienen mis paisanos! ¡valen un potosi para generales, por eso abundan. . . . ¡Cuan cierto es que ni el pesar, ni el hambre, ni la sed, ni la misma ira quitan al mexicano la gana de fumar! De mas de cuatro sé yo, cuyos últimos momentos se pudieran describir así: „encomendó su alma á Dios, fumó un cigarrillo y con la última bocanada de humo, exhaló el espíritu.” . . .

En mi concepto, se podía sacar algun partido de esta propension nacional al *humo*, ya de cigarrillos, ya de cohetes, y establecer en la ley de elecciones, por ejemplo, que el ciudadano que no concorra á dar su voto, quedará privado de sus derechos á fumar y quemar cohetes por un espacio de tiempo, que la sabiduría del legislador determinaría.

En esto comenzó el sol á dejarse sentir mas de lo regular, con que nos vimos forzados á meternos. Lléjos de haberse curado hasta entonces mi conocimiento de la manía de apostar, parecia mas dispuesto que nunca á ceder á ella. No perdí sin embargo la esperanza de hacer que le diese en cara, algo mas tarde, perseverando en apostarle sobre cuanto viésemos en el paseo y el teatro; mas lo que en ambos sitios vimos y hablamos, no es racional desembucharlo de un golpe por no perder la apuesta que al principio hize al lector; pero si le diré con cierto original: „Quedamos pendientes.»

Agosto 18.—MALAESPINA.

MIS ENSUEÑOS.



LORANDO caminaba por el mundo;
Sin un amigo en triste soledad;
Y mi gemido lúgubre, profundo,
Te despertó fantástica beldad.
Compadecida de mi mal pusiste
Los ojos melancólicos en mi.
Ay huérfana infeliz! porqué me viste?
¿Porqué tambien para mi mal te vi?
Al mirarte tan cándida, tan pura,
Volvió á sonar alegre mi laud,

Y celebré tu célica hermosura,
Y canté tu lozana juventud.
Pudiste creer el tomeroso acento,
Que entre mis labios cárdenos sonó?
¿Porqué al suspiro que llevaba el viento,
Otro suspiro tuyo respondió?
¿Porqué secaste con tu mano el lloro
Que yo solo debia derramar.
Y en medio del delirio, *yo te adoro*
Dejaste de tus labios escapar? . . .

Virey Mexicano.



D. FRANCISCO FERNANDEZ DE LA CUEVA

Virey de N. E.

Hora te ofresco para ser testigo,
Del que padece congojoso afán,
En la miseria dividir con tigo,
Bañado con mis lágrimas el pan.

Y por camino lóbrego y desierto
Te arrastro de tu plácido vergel
Al abismo fatal . . . miralo abierto,
¿Tendrás valor para seguirme a él?
No, no te arrojes á mis brazos ciega,
Vuelve á dormir tu sueño virginal,
Mientras la brisa, que en las flores juega
Acaricia tu púdico cendal.

Un pensamiento entonces halagüeño
Desplegará tus labios de carmin;
Duerme mi bien que á conservar tu sueño
Vendrá de la inocencia el serafín.

Mientras yo solitario mi camino
Entre penas y llanto seguiré;
¡Ah! . . . contra los rigores del destino,
Tan solo tu recuerdo llevaré.

No escucharás mi lánguida plegaria
Ni mi laud te cantará mi afán,
Ni siquiera mi tumba solitaria,
Tus lágrimas hermosas regarán.

¡Lejos de tí morir! . . . y será cierto!
No, yo no puedo, pura virgen ven,
Las penas, el abismo y el desierto,
Serán contigo delicioso Eden.

MANUEL M. DE ZAMACOMA.

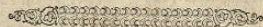
Puebla, Enero 14 de 1843.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.



DON FRANCISCO FERNANDEZ DE LA CUEVA.

Duque de Albuquerque. Vigésimo-segundo virey de la Nueva-España. Desde 1654 hasta 1660.



1654.

NIDO en matrimonio con la hija del virey D. Lope Diaz de Armendariz, Doña Juana, marquesa de Cadereita, el duque de Albuquerque entró en México el 16 de agosto á suceder al conde de Alva deliste. Sus primeras atenciones se dirigieron á ejercer actos de piedad; hizo al efecto ocho dias consecutivos de fiestas solemnes en la iglesia de S. Francisco á la Pureza de María, y que los tribunales la jurasen por su especial patrona. En seguida se dedicó á la proteccion de las ciencias y de las artes, y singularmente de las primeras á las cuales tenia un afecto decidido. Para violentar la conclusion de la Catedral prometia grandes premios que daba á los que concluian con ligereza una bóveda, con lo que estimulaba á todos los sobrestantes que se afanaban á competencia por poner fin á sus respec-

tivas obras. Trajéronse por orden suya muy buenas campanas que se colocaron en la torre y logró dedicar la Iglesia celebrando á un propio tiempo, segun Velancourt, cuatro misas cantadas y con gran solemnidad en los cuatro altares del mayor.

1655.—El piadoso y benigno duque, el protector de las letras y de las artes, estaba al parecer destinado para no gobernar un solo año sin fatalidad y para presenciar las mas atroces ejecuciones de justicia. Habianse infestado en el año que corre los caminos de ladrones, de suerte que nadie andaba por ellos seguro, ya no solo en su hacienda, pero ni aun en su vida, y la inseguridad habia llegado en poco tiempo á tal extremo que nadie se atrevia á poner un pie fuera de las poblaciones. Dictó el duque para la aprehension de los saltadores las órdenes mas estrechas, y consiguió así volver la antigua seguridad. Dicese que en po-

situación de las colonias españolas de América, haciéndole ver lo fácil que era apoderarse de ellas. Con este objeto Cromwel pidió al parlamento auxilios y mandó al general Venables que preparase una expedición, para lo cual reunió en muy breve tiempo siete mil infantes, algunos escuadrones, un tren considerable de artillería y víveres, se embarcó con ellos y se hizo á la vela, en treinta naves que mandaba el almirante Penn.

1655.—Desde los años de la conquista hasta el presente había ido aumentando de día en día el comercio de la Nueva España, y si bien no había flota que no saliese á sus puertos cargado de oro y plata, ningún buque llegaba tampoco á ellos, ya viniese de las islas Filipinas, ya de la Península, que no trajera las mas bellas manufacturas de la China ó de Europa, los mas ricos y generosos vinos; pero llegó la época al comercio que ya se veía en el estado mas brillante que pudiera apeteerse en las circunstancias de entonces. Las embarcaciones inglesas envidiosas de la prosperidad de la España, que cada día era mayor, no habian descurtido de acechar constantemente á las que salian de sus riquísimas colonias. Así se las veía siempre costeano y solo con la mira de aprovechar un momento feliz, hasta que en el año que corre le dió un golpe mortal que lo fué muy grande para el comercio de América. Sucedió, pues, que en Quantimallan había residido en una doctrina un dominicano natural de Inglaterra, Fr. Tomas Gage; éste, con pretexto de ir á socorrer á los católicos de su país que en la actualidad se hallaban perseguidos, se embarcó para allá con algun dinero. Apóstata de su religion Gage, y enemigo acérrimo de los españoles, que le habian prestado bastante protección, y no menos de los mexicanos de cuya patria sacara alguna riqueza, llegó á la Gran Bretaña cuando gobernaba el protector Cromwel, protector de los que encuentran las naciones en su demencia si así puede llamarse el estado de descontento general respecto de un gobierno protector de aquellos que sin prestigio alguno en el pueblo que solo se sirve de ellos para derrocar una administracion apática é indolente, ó bien despótica, se hacen despues proclamar, aprovechándose de las circunstancias por la fuerza de las armas, y que solo se sostienen porque un poder irresistible, la mano de Dios los ha colocado para azote de las sociedades, era pues Cronwel, que habiendo consumido todo el tesoro público sin hacer cosa de provecho deseaba un pretexto plausible que pudiera balagar al parlamento para que le facilitara recursos, y fué precisamente cuando se le presentó Gage á informarle de la

guerra, y cuando la juzgó distante, salió igualmente él con su tropa á refugiarse á un bosque bastante espeso. Cuando á la salida del sol los ingleses notaron el silencio de la ciudad, comenzaron al punto á sospechar que se les tenia preparada una emboscada ó cosa semejante, pero despues que algunos volvieron á dar cuenta de lo que habia, entraron en el mayor desorden á saquear, mas hallaron que ni una sola alhaja quedaba: así mismo, como quiera que ya les faltaban víveres, juzgaron que aqui se proveerian y tampoco hallaron cosa alguna. Procuraron buscar á los isleños, y por algunos dias inútilmente, hasta que una casualidad les hizo saber el lugar donde se hallaban: su resistencia fué vana, así que convinieron en salir cuanto antes pudieran, como lo efectuaron en poco tiempo en diversos buques para las otras islas y para la Nueva España, de donde envió socorro el virey. Ya se deja entender que con esta adquisicion de los ingleses no se hallaban muy seguras las embarcaciones españolas que surcaban aquellos mares, y por lo mismo padeció el comercio de todo el continente americano.

1657.—1658.—Animado del deseo de auxiliar á los de Jamaica el duque de Alburquerque hizo salir una armada con tropas de desembarco y todas perecieron, porque aunque dieran á los ingleses grandes acciones que les hicieron sufrir recios descalabros, socorridos por las islas Bermudas consiguieron reparar sus pérdidas y la victoria al fin sobre sus enemigos. Los isleños que vieron acabados á los que de México fueron en su auxilio desesperaron de poderse defender y poco á poco despues de haberse reunido abandonaron la isla. Para recompensar de algun modo este mal el virey en

1659.—1660.—Puntual el duque, y el primero en todas las asistencias de cualquiera naturaleza que fuesen, presenció la horrorosa ejecución de cuarenta sodomíticos condenados por la audiencia á la pena de ser quemados vivos, á cuyo acto asistió una extraordinaria y sorprendente concurrencia atraída por la novedad como primer caso en su género que hasta entonces se daba. Otro tanto acaeció en un auto de la Inquisición que se celebró en estos años. En el de sesenta, el día 12 de marzo, el virey sumamente piadoso estaba como á las seis de la tarde en la capilla de Ntra. Señora de la Soledad en Catedral, hincado de rodillas puesto en oracion, cuando por la espalda le iban á dar muerte de que por fortuna se salvó. Luego fué aprehendido el reo que era un soldado de diez y siete años, y en menos de doce horas habia ya sufrido la pena de muerte, sin que fuera obstáculo el que aparecía el reo en la causa como demente y el que se omitieran muchas formalidades legales de sustanciación del juicio; parece que solo se deseaba privar á un hombre de la existencia. Por último, el duque, despues de haber promovido grandes mejoras arreglando los estudios de la Universidad y otras de esta clase, se partió para España sentido de todos los amigos de las ciencias y de las artes á las que habia prestado mucha y muy decidida protección.

CARLOS M. SAAVEDRA.

1657.—1658.—Animado del deseo de auxiliar á los de Jamaica el duque de Alburquerque hizo salir una armada con tropas de desembarco y todas perecieron, porque aunque dieran á los ingleses grandes acciones que les hicieron sufrir recios descalabros, socorridos por las islas Bermudas consiguieron reparar sus pérdidas y la victoria al fin sobre sus enemigos. Los isleños que vieron acabados á los que de México fueron en su auxilio desesperaron de poderse defender y poco á poco despues de haberse reunido abandonaron la isla. Para recompensar de algun modo este mal el virey en

1659.—1660.—Puntual el duque, y el primero en todas las asistencias de cualquiera naturaleza que fuesen, presenció la horrorosa ejecución de cuarenta sodomíticos condenados por la audiencia á la pena de ser quemados vivos, á cuyo acto asistió una extraordinaria y sorprendente concurrencia atraída por la novedad como primer caso en su género que hasta entonces se daba. Otro tanto acaeció en un auto de la Inquisición que se celebró en estos años. En el de sesenta, el día 12 de marzo, el virey sumamente piadoso estaba como á las seis de la tarde en la capilla de Ntra. Señora de la Soledad en Catedral, hincado de rodillas puesto en oracion, cuando por la espalda le iban á dar muerte de que por fortuna se salvó. Luego fué aprehendido el reo que era un soldado de diez y siete años, y en menos de doce horas habia ya sufrido la pena de muerte, sin que fuera obstáculo el que aparecía el reo en la causa como demente y el que se omitieran muchas formalidades legales de sustanciación del juicio; parece que solo se deseaba privar á un hombre de la existencia. Por último, el duque, despues de haber promovido grandes mejoras arreglando los estudios de la Universidad y otras de esta clase, se partió para España sentido de todos los amigos de las ciencias y de las artes á las que habia prestado mucha y muy decidida protección.



SILVA ÁRABE. (*)



Grangeret de Lagrange es uno de los alumnos más distinguidos de M. Silvestre de Sacy y la *Silva Árabe* que ha publicado, es bajo muchos aspectos una obra importante. La primera parte de esta colección, es digna de que los orientalistas fijan en ella su atención, pues que se compone principalmente de diversos trozos sacados de los *divans* de Moténabbi y de Ebu Farehth dos poetas igualmente célebres y que los árabes siempre han colocado en el primer rango. Nacido en Infah al principio del 4º siglo de la egira, Moténabbi, revisó sus composiciones poéticas con todo el esplendor de que la lengua árabe es susceptible, siendo á la vez profundo y brillante. Su ingenio crió, por decirlo así, nuevas riquezas para una lengua tan prodigiosa en recursos, tan fecunda por la misma flexibilidad de su mecanismo. Después de tres siglos le siguió Ebu Farehth que fué considerado en la misma línea, y el Egipto puede pretender con justo orgullo, la gloria de haber sido su cuna. Nació en el Cairo en 577 de la egira, habiendo muerto á la edad de 55 años, en la célebre mesquita de El-Azhar, y su memoria ha quedado con ho-

nor entre los egipcios modernos, que no pronuncian jamás su nombre sin entusiasmo.

Dos citas de la traducción de M. Grangeret de Lagrange, me van á servir para que se conozca el genio diferente de estos dos poetas, hasta donde lo permita una traducción esmerada para que puedan ser apreciadas las bellezas algunas veces tan estrañas al gusto de la clásica Europa. Comenzaré por Moténabbi y he escogido de preferencia algunos pasajes del poema elegiaco en que describe su partida de Misr y lamenta la muerte de Abou Chedjda Chedjâ Fâtele, personaje de renombre en la corte de El-Jchehid, soberano de Egipto:

„Hasta cuando marcharemos durante la noche oscura de concierto con las estrellas? no tienen piés que experimenten la fatiga, que endurece en su carrera al hombre y al camello.”

„Ellas no tienen pupilas presa del insomnio, que atige al hombre distante de la patria y privado del reposo durante la noche.”

„El sol ennegrece nuestros semblantes; pero ¡ah! no vuelve á nuestros cabellos ya blancos su color primitivo.”

„... Tal es el decreto que el cielo ha pronunciado contra nosotros á un mismo tiempo. Si hubiéramos podido llevar nuestra causa ante

un juez de la tierra, su decision sin duda habría sido diferente.”

„Nosotros tenemos cuidado de que la agua no nos falte en nuestro viage: ella desciende de las nubes que la contienen, y nosotros la recojemos en nuestros odres.”

„Yo no odio á los camellos, pero haciéndolos servir para mi uso, he querido preservar á mi corazon de la tristeza, y á mi cuerpo de la enfermedad.”

„... No hay en Misr otro Fâtek á quien podamos dirigirnos y nadie lo reemplaza entre los hombres.”

„Ninguno entre los vivos se lo parecia en virtud, y ved que hoy los muertos reducidos á polvo son semejantes á él.”

„Yo lo he perdido! lo he buscado en mis correrías lejanas; mas no he hallado otra cosa que la nada.”

„Mis camellos parece que rieen de piedad cuando consideran á los hombres por quienes sus piés se han ensangrentado.”

„Yo los conducía entre los pueblos estúpidos como los ídolos á quienes servian; pero yo no veía la inocencia de sus ídolos.

„... Desconfía de los hombres y oculta con destreza las precauciones que tomes contra ellos: teme el dejarte seducir por una sonrisa que brille en sus labios.”

„La buena fe ha desaparecido: tu no la hallarás jamás en los traidores; y la sinceridad no se encuentra ya ni en los discursos ni en los juramentos.”

„Gloria sea tributada al criador de mi alma como hace que los peligros y las fatigas de los viages, se cambien para mi en delicias, mientras que otros no ven en ellos mas que la espada de los tormentos?”

„La fortuna se admira de que yo soporte así sus vicieitudes y que mi cuerpo se endurezca contra sus terribles golpes.”

„Mis instantes se pierden en la sociedad de los hombres; y mi vida... ¡Ah ojalá y ella se hubiese deslizado en una de las generaciones pasadas!”

„Nuestros antepasados hijos del tiempo han venido en su juventud, y él los ha regocijado, y nosotros, nosotros hemos venido en su decrepitud.”

Segun los fragmentos que acabo de citar se vé á que altura del pensamiento se eleva algunas veces la Musa energética de Moténabbi. Mas seductor, mas florido; pero menos profundo puede ser Ebu Farehth siempre que no se entregue á sus meditaciones religiosas, y se manifiesta igualmente habil en el uso de los matices poéticos: á la vez gracioso y brillante sabe como Moténabbi hacerse servir de la esplendidez de sus pensamientos, los elementos los mas delicados de la lengua árabe. Estrechado por el espacio, y embarazado en la elección, no haré mas, que una pequeña cita de uno de sus poemas asiáticos:

„Cuando la adorada de mi corazon está lejos de mí, continuamente la ilusion de mis sentidos, la encuentra en todo lo que tiene gracia y encanto.

„En el sonido armonioso de la lira y de la flauta, cuando esos dos instrumentos unen sus acordes.

„En esos encantadores valles á donde vienen, en una tarde fresca y deliciosa, y al despuntar la aurora las tímidas gazelas.

„En las praderas en donde cae el tierno rocío sobre tapices de verdura matizados de flores.

En los sitios donde el céfiro estiendo los pliegues de su traje embalsamado, cuando el ligero crépusculo de la mañana, me trae los mas suaves aromas.

„Yo la veo aun, cuando mi boca oprime avidamente los bordes perfumados de la copa para saborear el nacarado licor en los lugares consagrados al placer.”

„Ella sola me basta: después de ella encuentro mi patria; y mi alma en donde quier que estemos reunidos no conoce ni pena ni agitación.”

(Traducido del frances para el Liceo por D. R.)



(*) Cuando se retiraron para Francia los restos de aquel inmortal ejército que condujo el ilustre Bonaparte á Egipto, á fines del siglo pasado, en que su objeto principal no fué ganar batallas sino indemnizar aquel pais clásico de las ciencias, de los conocimientos que un dia recibieron de él todos los pueblos, y cuyo desgraciado éxito lacó hoy el mundo entero, acompañaron en su retirada á los vencedores de las Pirámides y de Heliópolis muchas familias egipcias. Pertenecía á una de ellas un jóven nacido en el Cairo, y este jóven con una alma ardiente como el sol de su patria, con una fisonomía melancólica y meditabunda, con las inspiraciones de un genio oriental, recibió una educación francesa, llegando á poseer el idioma de Racine y de Chateaubriand, con tanta perfección, que mereció las consideraciones de muchos hombres célebres. Agoub es el nombre de ese jóven elogiado por las plumas del reciente académico Mr. de Fougerville y del inimitable Lamartine.

Las composiciones de Agoub participan á la vez de la flexibilidad armoniosa del árabe y del delicado gusto francés. Por hoy nos limitamos á dar á nuestros lectores la traducción del árabe que hizo Agoub de unos fragmentos de dos poetas compatriotas suyos. En la que hacemos de la de Agoub, hemos procurado que fuese literalmente para que las composiciones no pierdan su originalidad y se advierta mejor el estilo de una literatura que se comienza á conocer entre nosotros, reservándonos el dar otras traducciones de lo que es exclusivo de las inspiraciones de Agoub.—R.R.

ARQUITECTURA.



L origen de la arquitectura se pierde en la mas remota antigüedad: en efecto, los primeros habitantes del mundo debieron buscar un asilo donde guarecerse de las intemperies, y aunque una caverna abierta naturalmente en las rocas era bastante para conseguir este objeto, como es seguro no siempre se podrían proporcionar este abrigo natural, debieron buscar un medio de sustituirlo artificialmente. Cuatro troncos de árboles plantados en cuadro y otros tantos maderos colocados horizontalmente sobre las cabezas de aquellos para recibir las ramas, zarzos ó cualquiera otra especie de techumbre, eran suficientes para resguardarse de la lluvia y de los ardores del sol; pero esto no bastaba: todavia quedaban espuestos á los vientos al frio y otras incomodidades, y para remediar este inconveniente no habia mas de cubrir con ramas los huecos que quedaban entre los troncos. Hé aqui formada la primera cabaña; he aqui el origen de la arquitectura.

A medida que los hombres adelantaban en civilizacion se iban creando mas necesidades, iban necesitando mas comodidades para vivir contentos. De aqui nació precisamente el adelanto que se hacia continuamente en la fabricacion, y si al principio una sola cabaña bastaba para toda una familia, en lo de adelante conocieron la necesidad de formar habitaciones diferentes, destinadas á diversos usos.

Cada pueblo ha tenido su sistema de arquitectura particular que lo ha caracterizado; la antigua arquitectura egipcia es notable por la pesadez y tosquedad de su construccion, y á cualquiera que se le presente un modelo de arquitectura chinesca, por poco versado que esté en este arte, no dejará de conocer á que nacion pertenece el sistema.

La antigua arquitectura Mexicana es igualmente característica, y tiene una semejanza notable con la egipcia.

Entre los pueblos antiguos ninguno llevó la perfeccion en la arquitectura á un grado mas elevado que los griegos. A fuerza de estudio

y de meditacion consiguieron llegar á reunir la belleza y elegancia á la solidez, y compusieron tres órdenes, que hoy están adoptados casi generalmente. Cuando los romanos conquistaron la Grecia, admirados de la belleza de los edificios de este pais, imitaron su arquitectura y la trasladaron á Italia donde se acabó de perfeccionar, y de donde nacieron otros dos órdenes que con los tres griegos, forman lo que se llama hoy los cinco órdenes de arquitectura.

Multitud de edificios se elevaron en Roma y en toda la Italia, arreglados á los principios establecidos los cinco órdenes, y las ruinas que aun existen hoy, prueban su hermosura y buenas proporciones.

A la caída del imperio romano cuando éste fué invadido por los bárbaros, la mayor parte de aquellas grandes obras fueron destruidas ó abandonadas, y á la arquitectura de entonces se substituyó la que se llamó gótica, nombre derivado del pueblo godo que se estableció en España: esta bella arquitectura es notable por su delicadeza y la ligereza de todos sus miembros, y el que la observa no puede menos de admirar como se pueden sostener unas masas tan pesadas como las bóvedas de los templos, sobre unos apoyos tan ligeros como las esbeltas columnas que las sostienen; y sin embargo aun existe la mayor parte de esos edificios, como destinados á probar que aquellos pueblos, aunque llamados bárbaros, sabian proporcionar sus edificios de modo que se sostuviesen no obstante los fuertes empujes que solo contenian unos apoyos, insuficientes á la vista: el fundamento de todo su método consistia en dirigir los empujes á los costados exteriores, que son los mas fuertes como puede observarse hoy.

Cuando los árabes conquistaron la España, introdujeron con sus costumbres el uso de la arquitectura particular, que por esta razon se ha llamado arabesca; aunque de un carácter particular, tiene sin embargo bastante semejanza con la arquitectura gótica, de la que se diferencia principalmente por los adornos.

Esta no salió de España, única nacion de

Europa donde se encuentran edificios de esta naturaleza, sobre todo en la Andalucia, donde fué mas larga la dominacion de los moros.

En el renacimiento de la arquitectura, ó mejor dicho cuando se comenzaron á adoptar de nuevo las proporciones de los edificios romanos antiguos, se abandonó completamente la arquitectura gótica. Sin embargo se ha reconocido ultimamente que ella es la mas propia para los edificios destinados á la religion, pues la elevacion y magestad de sus miembros, la luz opaca al atravesar sus vidrieras de colores, disponen naturalmente al alma á la contemplacion; y en efecto que diferencia entre un edificio de esta naturaleza, y un templo moderno que en nada se diferencia de un teatro, una sala de espectáculo etc. De ahí es que los templos modernos no inspiran ningun sentimiento religioso, mientras en los góticos parece que todo habla al alma para disponer á la oracion. De esto dimana el que en el lenguaje moderno se haya dado á esta arquitectura el nombre de romántica.

Durante la época llamada el renacimiento de la arquitectura, varios artistas se dedicaron á estudiar las ruinas de los monumentos antiguos tanto griegos como romanos, con el objeto de imitarlos y determinar las proporciones de sus miembros para asentar las reglas que guiasen á los demas en la construccion de los edificios. De aqui nacieron las dimensiones de los cinco órdenes que hoy están adoptados y se llaman de Vignola, por haber sido este artista el que los asentó.

El primer orden es el Toscano. Es conocido por la simplicidad de sus miembros y su carácter de rusticidad: debe su origen á algunos pueblos antiguos de Asia, que vinieron á Italia y se establecieron en Toscana, de donde deriva su nombre. Su columna de altura tiene de siete veces su diámetro.

El orden dórico es mas ligero que el anterior, y tiene un especie de caracter viril. Se distingue del toscano por su mayor ligereza, y por sus adornos asi como por las estrias ó huecos circulares practicados en las columnas. Hay dos especies de órdenes dóricos, el griego y el romano. Las columnas tienen de altura ocho veces el diámetro.

El orden jónico es mas esbelto aun que el anterior; tiene el lugar medio entre los órdenes fuertes y los órdenes delicados. Jónico general ateniense pasó á Asia é hizo elevar en efecto un templo dedicado á Diana, construido de un orden nuevo hasta entonces, y

Tom. II.

de aqui le vino el nombre de Jónico. Su columna tiene una altura igual á nueve veces su diámetro y tanto por esto como por las volutas de que está adornado, se distingue de los dos órdenes anteriores.

El orden corintio es el mas delicado. Su columna tiene diez diámetros de altura y su origen se atribuye á la anécdota siguiente.

Una jóven de Corinto murió la vispera de casarse, y su nodriza colocó sobre su sepulcro un canastillo con los vasos y otros objetos que habia apreciado durante su vida, cubriéndolo después con una loza para preservarlo de las injurias del aire. El canastillo habia sido colocado casualmente sobre una planta de acanto, y cuando en la primavera comenzaron á crecer las hojas, se encontraron con la loza colocada encima encorvándose en sus extremidades. El escultor Calimaco que pasó cerca del lugar donde estaba el sepulcro vió la figura que formaba todo, é imitó en las columnas que despues hizo elevar en Corinto.

Los arquitectos modernos están discordes en el origen de órdenes de arquitectura; unos lo atribuyen á la imitacion de la primera cabaña, en la que los troncos de árboles debieron sugerir la idea de la columna, y las demas partes el resto de los órdenes. Otros creen que provienen de la imitacion del cuerpo humano; pero esta opinion es absolutamente errada, pues ciertamente no hay analogia entre el cuerpo que nada tiene que sostener y las columnas sobre que gravita todo el peso del edificio.

Hay otros órdenes caprichosos como las columnas llamadas Salomónicas, que están formadas por dos cilindros enredados uno sobre otro en forma de espiral. Las carátides que son columnas trabajadas en forma de mujer; y cuyo origen se cree fué el que algunos pueblos antiguos, para abatir mas á los que habian subyugado, mandaban poner estas figuras, con los trages propios de aquellas.

Los órdenes fueron destinados en su origen primitivo para decorar los templos, y distinguir asi los lugares consagrados á la divinidad de los que servian de habitacion á los hombres; despues sirvieron tambien para aumentar la magnificencia y adorno de las ciudades, y manifestar de este modo la grandeza de las naciones; hoy sirven para embellecer igualmente las casas de los particulares, y la una de las circunstancias que mas dan á conocer la civilizacion y adelantos de un pueblo, es la hermosura y proporcion de sus edificios.

En un tiempo la construccion estaba limitada á la simple imitacion de los demas monumentos y edificios, sin que al artista le quedara lugar de aplicar su génio sino á la decoracion. Hoy todo es absolutamente diverso, y las reglas para la construccion están fun-

dadas sobre principios y cálculos exactos, proporcionados á las diversas circunstancias en que pueda encontrarse el arquitecto, que no tiene que hacer sino aplicarlas juiciosamente y con moderacion.—F.C.

DELIRIO.

Legó mi juventud y en mi cabeza
mi ensueños de dicha revolvia,
y toda mi ambicion satisfacía
un recuerdo de amor.

Cercado de parientes y de amigos
ó bien aduladores, ó sinceros,
mis pensamientos siempre lisongeros
no eran de dolor.

Creció el ansia de amar, y desde entonces
buscaba una muger pura y amante
para estrechar su seno palpitante
contra mi corazon.
Mas solo hallé mugeres cortesanias
amantes del dinero ó la hermosura,
y entonces conocí mi desventura
y creció mi afliccion.

Por fin te conocí, Laura querida,
era tu alma candorosa y pura,
vi cumplidos mis sueños de ventura,
te di mi corazon.

Pensé encontrar la dicha que buscaba,
dormía satisfecho en tu regazo,
roto del mundo el insufrible lazo,
perdida la razon.

Al pie del sauce de mi amor testigo
recostado en tu seno pundoroso,
¿algun hombre del mundo mas dichoso
que yo, pudiera ser?

Entre sueños miraba tu semblante
y despierto gozaba tus caricias;
el corazon henchido de delicias
saltaba de placer.

Mas hoy mi pecho oprimo con la mano
buscando sus latidos, su ardimiento
y su frio me hiela, no lo siento
altivo palpitante.

¿Será que la ilusion desvanecida
sediento de impresiones lo ha dejado?
¿será que ya mi amor está apagado?
será este mi pesar?

Mas no, que aun yo te adoro... y estoy triste
cuando estoy á tu lado y te contemplo,
triste invocando á Dios dentro del templo
y triste en el festin.

No me agitan inútiles deseos
de adquirir para mi gloria, ó riqueza,
¿por qué siento abrumada mi cabeza
de tormento sin fin?

¿Qué importa que la rosa se marchite
cuando pasa la vida del estío,
cuando llega el invierno seco y frio
cubierto de avidez?

Mas yo que jóven soy... ¿por qué en mi frente
se miran del dolor señas fatales?
¿por qué ya mis mejillas sepulcrales
arruga la vejez?

Adivinalo tú, mundo maldito...
si, maldito... si el cielo te abrasara
cumplida mi venganza aun no quedara,
mas fuerte es mi rencor.

Quisiera ver la humanidad doliente
frenética de rabia, de despecho,
henchido quiero ver su negro pecho
de penas, de dolor.

Quiero ver á los hombres miserables
con los ojos hundidos, sin consuelo
arrastrarse empolvados por el suelo
cual la vivora vil.

Quiero ver de sus dientes el crujido
como el crujir que se oye en el infierno
del réprobo que sufre luego eterno
entre tormentos mil.

Quisiera... mas no, querria
solo llegar á ese asilo
do vive el hombre tranquilo
léjos del mundo fatal.
Tal vez mi sucio cadáver
conservará algun amigo,
pensando, „aun está conmigo,“
mas se engaña por su mal.

Tal vez mancha ese cadáver
con la sangre de mi hermano
algun traidor inhumano
que en matar su gusto halló.
Será tal vez el espanto
ó la risa de la gente,
¿mas qué importa si no siente?...
ese cuerpo ya no es yo....

Ese cuerpo ya no es nada,
es vil polvo corruptible,
es máquina destructible,
no siente ni el bien ni el mal....

Nada, Señor, nada quiero,
llegar tan solo á ese asilo
y vivir allí tranquilo
lejos del mundo fatal.

Tú has mirado, Señor, correr mis lágrimas.
tú has visto de mi pecho la afliccion,
tú has mirado mi rostro enfermo, pálido,
cubierto de dolor.

Tú eres grande, Señor; yo soy un misero,
he sido delincuente pecador,
pero he elevado á tí fervientes súplicas,
consuélame, Señor.

Yo no te pido ni esa gloria efimera
que del mortal corrompe el corazon,
ni esos placeres indecentes, lúbricos,
que empañan el honor.

Pero me diste, ¡oh Dios! una alma angélica,
me diste un pensamiento, una razon;
destrúyela al momento, ¡oh Dios! destrúyela
ó quitame el amor.

Siempre he vivido yo lleno de júbilo,
nunca por mi ha sufrido el corazon,
una vida me diste dulce y placida:
no sé que es afliccion.

Mas hay otros que sufren; Dios, acuérdate!
me diste un pensamiento, una razon;
destrúyela al momento, ¡oh Dios! destrúyela
ó quitame el amor.

México, enero 23 de 1843.—F. O. y B.

APUNTES SOBRE LA HISTORIA

DE LA

FLORIDA.

EL DESCUBRIMIENTO.



ESPUES del descubrimiento
del Nuevo mundo, el espíritu
de conquista se extendió por
todo el orbe, hacia á todos los
hombres emprendedores, y habia
dadoles una credulidad de que ape-
nas se hallará ejemplo en la histo-

ria de tiempos mas remotos ó mas modernos.
Hemos visto ya á Francisco Vazquez Coronado
dando la vuelta á la Nueva España por hallar
las siete hermosísimas ciudades, que formaban
el gran reino de Quivira; otro tanto sucedió á
Juan Ponce de Leon, caballero muy distingui-
do por su valor, y que gobernaba la Isla de

Puerto Rico, por llegar á descubrir una fuente con cuyas purísimas aguas se le tenía asegurado que se remozaban los ancianos.

A esta credulidad de Ponce, á su empeño por hallar la misteriosa fuente debió la Florida su descubrimiento. Luego que Ponce halló que por todos cuantos trataba se le hacia igual relato acerca de la virtud que las aguas de esa fuente tenían de rejuvenecer al que en ellas tomaba un baño, púsose en camino ansiando por disminuir su edad y permanecer siempre en la lozanía y vigor de la temprana juventud.

Grandes y considerables distancias tuvo que caminar, y aun caminaría, si existiera, y caminará hasta los últimos términos del universo descubriendo lo que todavía queda por descubrir, y no conseguiría á pesar de todo su objeto. Haciendo, pues, este largo viaje, encontró con los floridanos, que atacándole de improviso y cuando menos se lo esperaba dispersaron sus tropas, que no eran muchas, y de las que muy pocos lograron salvarse, entre ellos el mismo Ponce que resultó herido. Con este revés escarmentó Ponce que ya no pensó mas en la fuente que buscaba en vano.

Los floridanos, pueblo vecino á los chichimecas con los que confinaban, eran tanto mas guerreros y valerosos que estos, cuanto habian permanecido mas independientes, habian tenido mas ocasiones de ejercitarse en el arte de la guerra y no conocian aun la táctica ni las armas europeas, sobre todo, apreciaban en mucho su libertad de la cual eran sumamente celosos y que solo se dejarían arrancar perdiendo su existencia y sacrificando hasta sus propias familias.

Juan Ponce de Leon que, entusiasmado por la encantadora fuente deseaba adquirir un derecho sobre aquellas tierras y las que por allí descubriera, obtuvo de los reyes católicos su concesion, y en seguida hizo el viaje de que tenemos hablado y cuyas resultas le hicieron abandonar la empresa, que no volvió á acometer prescindiendo del derecho que tenía de sus soberanos.

Pasado algun tiempo, navegaba un piloto llamado Miruelo, que, ó por la mala direccion, ó por el mal tiempo, impelido su navío por el viento arribó á una de las costas, segun se cree, de la Florida. Allí tanto Miruelo como sus compañeros de viaje, fueron muy bien tratados de los indios, que los socorrieron y les cambiaron perlas y otras preciosidades, que era el principal objeto que le habia sacado de la Española. Volvióse luego á esta sin haber fija-

do el punto donde habia estado y del que solo por suposiciones se vino á pensar cual fuese.

Despues de transcurridos algunos años, una compania de mercaderes establecida en la Española, y á la cual pertenecía el oidor Vazquez de Aillon, deseoso de aumentar su fortuna en la Florida de que tenia relaciones de Ponce de Leon y de Miruelo, determinó mandar unos buques. Hizose en efecto conforme á lo proyectado, y en poco tiempo llegaron los buques á aquella costa. Luego que los pasajeros desembarcaron, atraídos los indios de la novedad, ya de los propios buques, ya de ver las personas vestidas, acudieron en gran número á la playa recibíendolos con mucha cortesania y afabilidad. Los españoles, que conocieron la causa principal de su sorpresa, picaron mas su curiosidad ofreciéndoles que pasaran á los buques. Ellos aceptando la oferta entraron y con ella los españoles, que cuando vieron que habia bastantes se hicieron á la vela para la Española. Acometió tal tristeza á los miserables indios que gran parte de ellos pereció en los buques y el resto que llegó á Sto. Domingo murió tambien en pocos dias.

Las noticias que á esta Isla se llevaron de las tierras nuevas alentaron á muchos á emprender su conquista. Fué de este número Lucas Vazquez de Aillon, que se puso luego en camino para España á solicitar del rey la gobernacion de la provincia de Chicoria, como llamaban aquellas ignoradas tierras. Otorgóle el emperador lo que pedia y dió la vuelta á la Española. Llegado que hubo á ella, dispuso tres navíos, y en ellos con bastante gente y el piloto Miruelo, se hizo á la vela en quinientos treinta y cuatro, condecorado ya no solo con la gobernacion sino con el hábito de Santiago que le fué dado al mismo tiempo.

Despues de una dilatada navegacion, abatido y triste Miruelo de no hallar las tierras que buscaba y que el mismo habia descubierto, murió víctima de esta afliccion que nacia de su descuido en haber señalado el punto que halló en su anterior navegacion. El oidor Vazquez no desmayó por esto de su empresa: para él este accidente no fué ni el mas ligero contratiempo, y despues logró al fin desembarcar en unas costas que, segun los informes, eran las mismas en cuya busca andaba. Estando ya en ellas, recibido muy obsequiosamente por los naturales del país, mandó á algunos de sus compañeros en número de doscientos que caminasen camino de mas adentro y luego volverían á informarle de como hallaban aquello.

Hicieronlo así en efecto, y se sorprendian de las fiestas con que se les recibia por los indios, quienes así como vieron que se habian alargado gran trecho de los demas, súbitamente los acometieron, sin dejar uno solo que pudiese volver con la funesta nueva, la cual llegó á oídos de los compañeros á tiempo que se veian igualmente atacados y sin esperanzas de salvacion. Pocos en efecto la lograron, y entre ellos el oidor: de esta manera quedó vengado el hecho atroz é injurioso de haber robado á los que se entraron en las naves en la expedicion anterior.

Tan cierto es que no hay cosa á que tan fácil como frecuentemente sacrifiquen los hombres su existencia, como á la ambicion, que ni la patria, ni la religion á que siempre la ofrecen, reciben esta ofrenda de tantos como, sin ofrecerla, la exponen á los mas inminentes riesgos por contentar los caprichos de tan loca como desenfrenada y brutal pasion. De ello nos da ejemplos bien palpables la historia que referimos, la cual nos deja ver la temeraria osadía con que se arrojan intrépidos á acometer una empresa bien árdua los mismos que acababan de presenciar ó al menos de tener noticias de catástrofes horrosoras acaecidas en la conquista de la Florida. A pesar, pues, de ellas, Pánfilo de Narvaez en quinientos veintisiete hizo otra tentativa con ánimo denodado; pero salióse muy al contrario de como habia sin duda imaginado.

Creyó acaso Narvaez que pisaba el suelo de la Nueva España pisando el de la Florida: imaginóse quizá encontrar aquí los propios hombres que allí: su acalorada fantasia le debió de representar que todos los pueblos nuevos eran unos mismos, que disgustados de sus gobernantes despotas habian de buscar apoyo en el primero que se les pusiera á la vista sin re-

flexionar que este los oprimiria despues. Y en efecto que si así fuera, la conquista era fácil: los pueblos, fatigados con la dura pesadumbre de su oneroso yugo intentan á toda costa sacudirle, olvidando aun los ataques del extranjero, porque han perdido los sentimientos de nacionalidad; pero no estaban de esta suerte los floridanos, quienes como llevamos dicho, conservaban aun vivo el amor patrio, el amor de su propia conservacion, el amor innato de su salvage pero benévola libertad. Estrelóse, pues, Narvaez en su empresa, desembarcó, se preparó al combate, resistió los primeros ataques, rechazó las primeras embestidas, mas al fin murió con bizzarria víctima de su frenético arrojó. Pocos volvieron á dar cuenta de esta expedicion, y estos pocos se salvaron contando que, auxiliados por el poder del cielo y gracias á milagros que ellos mismos habian hecho, pudieron escapar sanos; pero sin embargo del celestial poder que ellos poseian ya, no pensaron en volver mas, ni volvieron.

Ya pasados muchos años de este suceso, Hernando Soto trató con Carlos V de llevar á cabo la conquista, animado de la fama de Hernán Cortés. Fué en efecto otorgada la gracia que pedia, nombrósele gobernador, diósele todo lo que quiso, emprendió su marcha y alcanzó lo que deseaba.

La empresa de Soto dió vida á nuevas colonias, porque ellas al fin se plantearon, y el gran territorio que tiene aun el nombre de Florida, fué mucho tiempo posesion de la corona de Castilla; mas como esto sea largo de referir, lo harémos mas detenidamente en otra ocasion: baste por ahora que hayamos dicho algo sobre su descubrimiento y los primeros personajes que lo intentaron.

CARLOS M. SAABEDRA.

